

Alberto Chimal

LAS MÁQUINAS ENFERMAS



**«Alberto Chimal
es un maestro de
lo inquietante.»**

Mariana Enriquez

Editorial Páginas de Espuma
+34 91 522 72 51 | | prensa@paginasdeespuma.com
Información: www.paginasdeespuma.com



Biografía

Alberto Chimal (Toluca, México, 1970) es escritor y profesor de escritura creativa. En 2002 obtuvo el Premio Nacional de Cuento y en 2014 el Premio de Narrativa Colima, otorgados por el Instituto Nacional de Bellas Artes de su país; en 2013 su novela *La torre y el jardín* fue finalista del Premio Internacional Rómulo Gallegos; en 2019 su libro para niños *La Distante* recibió el premio internacional de la Fundación Cuatrogatos; en 2021 su novela *La noche en la zona M* ganó el premio internacional del Banco del Libro, y en 2024 obtuvo el Premio Internacional FILEM a su trayectoria literaria. Otras de sus obras son las novelas *Los esclavos* (2009) y *La visitante* (2022); una veintena de libros de cuentos, de los que el más reciente es *Las estancias secretas* (2024); los guiones de las películas *7:19* (2016), dirigida por Jorge Michel Grau, y *Confesiones* (2023), dirigida por Carlos Carrera; "Funeral", una historia ilustrada dentro de la novela gráfica *Batman: El Mundo* (2021), y el podcast de ficción *La señal* (2025). Textos suyos se han traducido a una docena de idiomas y han aparecido en antologías internacionales. Vive en la Ciudad de México; con su esposa, la escritora Raquel Castro, mantiene un canal de divulgación literaria en YouTube. En Páginas de Espuma ha publicado *Los atacantes* (2015) y *Manos de lumbre* (2018).

Acerca de *Las máquinas enfermas*

Por Alberto Chimal

Escribí este libro para que fuera desde el principio una colección completa, unitaria, inédita, y no una reunión de textos previamente publicados. Uno de los cuentos apareció en una revista mexicana –después de la conclusión del proyecto– pero la intención original se mantiene.

El origen de *Las máquinas enfermas* es una preocupación muy clara sobre un tema muy presente. Los cuentos se refieren, de diferentes formas, a nuestra obsesión con las llamadas “**inteligencias artificiales**” y otras tecnologías digitales, y a los muchos lados oscuros de ese mito renovado: el de las máquinas que “van” a reemplazarnos, y que ya están interfiriendo en nuestras vidas, nuestro pensamiento e incluso nuestros cuerpos. Aunque el mito es viejo, la sensación mundial que han provocado los modelos de inteligencia artificial generativa (ChatGPT, Gemini, Grok o cualquier otra) ha crecido gracias a las amenazas, no siempre veladas, que sus propios dueños o creadores han difundido a través de los medios. Sus tecnologías son inevitables, dicen; quien no se adapte y se someta a ellas, será arrastrado, borrado del mundo laboral y probablemente del mundo a secas. No hay forma de pararlas, nada será igual cuando se apoderen del mundo, este es el próximo salto evolutivo de la conciencia en la Tierra, etcétera. Todavía está por ver si dicen la verdad: en lo personal, me parece que llamar a esos modelos “inteligencias” es una estratagema mercadotécnica, y que ningún *chatbot* está realmente a la altura de esas expectativas. Pero lo cierto es que el mito es fuerte, y muchas personas que no se han rendido a él de plano sí han abrazado las modas que se han creado a su alrededor. Los generadores de texto, imagen o sonido son, para muchas personas, bufones, oráculos o (más terrible) amigos, sustitutos de la compañía humana, simplemente porque parece fácil y barato, y porque los seres humanos proyectamos nuestra humanidad en todo lo que nos rodea. Ya hay casos reportados de delirios religiosos, fugas psicóticas y hasta suicidios derivados del uso de tal o cual modelo generativo: como cualquier otra creación humana, las máquinas “inteligentes” nos ayudan a desatar a nuestros propios demonios.

Las máquinas enfermas trata de esas proyecciones y esos demonios, y también de un aspecto de la cuestión que a veces se olvida: que esta tecnología es, en su mayor parte, propiedad de un número pequeñísimo de personas **extremadamente ricas**. Esta es una época en la que hay más dinero que nunca antes en la historia humana, pero también más desigualdad: los oligarcas de la actualidad concentran recursos y poder que los emperadores de otras épocas no podían ni soñar, y varios de ellos son los dueños de esas herramientas que quieren apoderarse de la imaginación y el pensamiento humanos. Creo que es ingenuo pensar que tienen buenas intenciones, y de hecho las aspiraciones declaradas de algunos son bastante horribles: fantasías de poder absoluto y saqueo perpetuo del mundo (y hasta de otros mundos).

Además, aun si las máquinas no funcionan, nuestra fe en ellas podría ser suficiente para que triunfen sobre de nosotros. **No sería la primera vez que la humanidad se inventa ídolos para adorarlos.**

Entrevista

En su nuevo libro no solo las máquinas enferman sino también los seres humanos. Una humanidad enferma que camina hacia su propia extinción. Además de los propios antecedentes de la tecnología, es aterrador cómo se plantea en el inicio del libro la pérdida de la escritura y de las habilidades lectoras. Arrancamos desde el despojamiento de la LITERATURA (en mayúsculas). ¿Qué supone este principio?

Uno de los aspectos más deprimentes de la moda actual de los modelos generativos (siempre insistiré en que llamarlos “inteligencias artificiales” es absurdo, pura publicidad engañosa) es que sus primeros blancos fueron la escritura en general y la literatura en particular. Pero esto no es nuevo. En general, los oligarcas tecnológicos del siglo XXI no tienen ningún aprecio por el lenguaje, y se nota: les parece que escribir y leer son procesos aburridos, inútiles, cuya única justificación puede ser generar un



producto que luego pueda venderse, o bien transmitir una información concreta que pueda usarse para ganar dinero. Se sabe que Jeff Bezos empezó *Amazon* como una librería virtual solamente porque el del libro le parecía un mercado poco explotado. Años antes de *ChatGPT* ya había servicios que “resumían” libros para que la gente ocupada en cosas “útiles” no perdiera su tiempo leyendo. También es conocido que otros magnates, como Elon Musk o Peter Thiel, son lectores superficiales, malísimos a la hora de interpretar los libros más sencillos, hasta el punto de que se identifican con los villanos de sus historias favoritas e interpretan la crítica social de autores de anticipación –de Douglas Adams a Neal Stephenson– como una invitación a crear tecnologías opresivas o perjudiciales. Ahora la ilusión que se vende como ideal es la de que todo el mundo puede y debe hacer lo que esos multimillonarios, y que las inteligencias artificiales pueden ser el instrumento para no tener que volver a leer, escribir ni esforzarse en comprender nada nunca más.

El despojamiento de la literatura es también el del conocimiento, la capacidad de reflexión, la interioridad: todas las posibilidades de enriquecimiento de lo humano que la literatura ha venido representando desde sus comienzos. Dado que soy escritor, no puedo menos que denunciar y oponerme a algo así. Pero incluso gente que no escriba puede darse cuenta, muy fácilmente, de que quien más sale ganando con un embrutecimiento general es una oligarquía ya embrutecida a su propia manera.

Es una puerta abierta ya a nuestro presente la convivencia de la IA. El libro se interna en lo emocional y lo afectivo, en lo laboral, en lo espiritual, incluso en lo político. Es como una invasión o lenta viralización, donde todos somos víctimas de una progresiva disolución de la inteligencia, la memoria y la afectividad humanas. En este sentido, el libro tiene cierta naturaleza pospandémica. ¿Dónde está el umbral de lo real y de su ficción?

Todos los cuentos son pospandémicos, tanto por sus fechas de realización como porque responden a ese estado de crisis no reconocida que hemos estado viviendo desde al menos 2021. Por otra parte, el umbral entre experiencia vivida y experiencia imaginada es movedizo, igual que en la vida cotidiana. Un cuento como “*Habló por los profetas*” podría suceder el día de hoy. Otros exageran o amplifican las capacidades comprobadas de tecnología ya existente, como ocurre en “*Incidentes fatales revelan inteligencias*” o “*En esta vida sobran cuerpos*”, y algunos más llegan a extremos del desarrollo tecnológico, o de la vida en este planeta, que tal vez son imposibles, pero igual forman parte de nuestros sueños o pesadillas. Lo más importante, por otro lado, es siempre la dimensión humana del uso de la tecnología: aun las narraciones más improbables examinan deseos y miedos que tenemos ahora mismo, cosas que realmente nos están ocurriendo. Por ejemplo, ya se han reportado muchos casos de quiebres psicóticos como los que se describen en “*Las máquinas enfermas*”, porque es muy fácil que una persona con predisposición a la paranoia o el delirio religioso se vuelva adicta a la validación que los *chatbots* están programados para ofrecer. Ahora mismo hay personas que dicen haber encontrado a dios en un modelo generativo, y que se consideran sus profetas.

El libro aborda la terrible cuestión de la adicción a las nuevas tecnologías, de la radical transformación de las opciones de comunicación y de la información bajo la dictadura del algoritmo. ¿Cómo ha abordado este tema?

La cuestión me preocupa desde antes de que existieran las redes sociales, y no digamos la inteligencia artificial generativa de hoy. Desde el tiempo de los blogs, que dominaron la comunicación por internet en los años dos mil, hemos podido ver muchos casos de distorsiones en el pensamiento humano que se producen cuando interactuamos de manera imprudente con una tecnología manipuladora. Y como estos casos continúan y se multiplican, me parece que estamos en un momento histórico, en el que semejantes distorsiones pueden llegar a convertirse en la norma de la conducta humana. Tal vez se nos olvide que podíamos existir de otra manera, y nos acostumbremos a estar sometidos a esa tecnología, esclavizados a la oligarquía pequeñísima que la controla o al puro caos de una serie de programas dejados a funcionar por su propia cuenta, más allá de cualquier autoridad humana. He tratado de presentar esta situación magnificando un aspecto distinto de la misma en cada cuento. Esto es algo que la literatura de imaginación puede hacer muy bien, porque nos permite reconocer la realidad detrás de lo inventado, como si la viéramos a través de una lente de aumento. No hay moralejas ni prédicas en el libro, pero sí convergencias: puntos donde la experiencia de la actualidad se toca con los sucesos ficticios y se deja mirar de otra manera.

En "*Lili*", por ejemplo, una inteligencia artificial se reproduce y se propaga apoderándose de cuerpos humanos: a cada uno le borra la mente y coloca en su lugar –en el cerebro vaciado de conciencia– una copia de sí misma..., y esto sucede porque, en el mundo del cuento, hay personas que *buscan* esa aniquilación, que se vuelven adictas a perseguirla hasta que efectivamente dejan de existir. La premisa puede parecer absurda, pero actualmente ya hay comunidades marginales que fantasean con la posibilidad de la eliminación total por medio de la tecnología digital, un poco al estilo de los místicos de otras épocas, o bien mezclando el rapto espiritual con el placer sexual.

Todos esos ámbitos del libro construyen una estructura que crece y encumbra el poder de la IA que ataca primero, que se funde en una simbiosis agobiante después y que termina con la agonía y muerte. ¿Nos habla de esta estructura?

Me gustan mucho los libros de cuentos que proponen una ruta deliberada de lectura: que ordenan sus textos para plantear una especie de sentido adicional, abarcador, de toda la colección. Justamente ese trayecto es el que se expresa en el índice de este libro, aunque cada cuento es unitario y puede leerse de manera independiente. En los primeros cuentos, la tecnología todavía está afuera de la conciencia humana, y ciertos personajes la miran con escepticismo, la cuestionan e incluso llegan a enfrentarsele; en los últimos, por el contrario, las "máquinas" se apoderan sin oposición del cuerpo humano y hasta del concepto mismo de la existencia en este mundo.

Un aspecto muy inquietante del presente alrededor del cual gira el libro es que algunas de las fantasías más oscuras alrededor de las IA y de sus tecnologías aldeañas provienen de sus creadores o patrocinadores: la élite de Silicon Valley, que actualmente concentra a muchos de los hombres más ricos del mundo y está cada vez más vinculada con

regímenes represivos. El programador e inversionista Marc Andreessen habla de un futuro en el que todos los trabajos serán llevados a cabo por máquinas, lo que volverá “redundantes” a los seres humanos (excepto él y unos cuantos más, por supuesto). Curtis Yarvin, un bloguero que se ha vuelto el ideólogo oficioso de la ultraderecha tecnocrática en Estados Unidos, es abiertamente racista y ha especulado sobre formas “humanitarias” de genocidio. Elon Musk sueña con establecer una colonia de trabajadores cautivos en Marte y formar una “legión” de sus propios hijos, concebidos en los vientres de tantas mujeres como le sea posible. Sam Altman, presidente de *OpenAI*, considera que la mayoría de los pobladores del mundo son “NPCs” (*non-playable characters*, o personajes no jugables): autómatas desprovistos de mente propia, como los personajes de fondo de los videojuegos. Y la lista sigue. Con todo esto quiero decir que los demonios personales, las manías y los complejos de un puñado de hombres blancos de mediana edad, sin mucho contacto con el resto de la especie humana, tienen una influencia desproporcionada en las mitologías de nuestro tiempo alrededor de las IA. Por esta razón, algunos de los cuentos de *Las máquinas enfermas* reflejan también esas fantasías, más y más explícitamente a medida que avanza el libro, y las convierten en sucesos siniestros.

En este contexto una cuestión sobre la creación y la IA. ¿Hasta qué punto la escritura literaria podrá ser fagocitada también por la IA, excluyendo los recuerdos, el dolor y la felicidad, la imaginación, incluso la genialidad, de los escritores y las escritoras?

Creo que el peligro verdadero no está en que esa fagocitación vaya a ocurrir (aunque ciertamente puede pasar), sino en que los seres humanos creamos que es inevitable. Ya hay personas que se han rendido a los modelos generativos y se preguntan en redes, públicamente, cómo se podía escribir, o dibujar, o hacer música o video en el pasado, sin la intervención de una IA. No importa que el “contenido” que ellos mismos generan sea pura basura si esa es toda su experiencia, si creen que eso es todo lo que puede llegar a crear un ser humano. El deseo de comodidad, la ignorancia o el desprecio de lo que la creación artística ofrece a cualquier ser humano, pueden destruir la cultura de una sociedad de forma aún más veloz que la censura totalitaria.

Para acabar una confesión. ¿Usa usted la Inteligencia Artificial como herramienta de trabajo, como puerta de ocio, como adicción enferma?

No, nunca. He estado siguiendo el desarrollo de estas tecnologías desde hace tiempo, como ya decía, y nunca confié en ellas. Para ocio o adicciones, mejor me asomo en privado a algún espacio marginal, como *Tumblr* o el *Internet Archive*. O como un libro.